

Ventanilla cero

Sketches · Obra de 15 personajes · 7 mujeres, 6 hombres, 2 indistintos · 30 min · Principiante · Desde 10 años

En el sótano del ayuntamiento, al fondo del pasillo, una ventanilla sin número acepta las peticiones que todas las demás rechazan: recuperar una hora perdida, declarar un sueño, denunciar a la Luna, cambiarse de nombre solo por un jueves. Nina y Bruno trabajan allí desde hace treinta y dos años, sin que nadie los haya contratado nunca. Esta mañana, una inspectora baja la escalera con la orden de cerrarla.

El sótano de un ayuntamiento, al fondo de un pasillo: una ventanilla bajo un cartel escrito a mano, unas sillas, una máquina de números. En la actualidad, a lo largo de varios días.

Reparto

NINA (Papel femenino, Adulto) unos cuarenta años, agente de la ventanilla cero desde hace treinta y dos años, lleva el registro.

BRUNO (Papel masculino, Adulto) unos cuarenta años, agente de la ventanilla cero desde hace treinta y dos años, redacta los formularios que faltan.

ALMA (Papel femenino, Niño) casi doce años, nacida un 27 de marzo a las dos y media de la madrugada.

JONAS (Papel masculino, Adulto) unos cincuenta años, vigilante nocturno en un museo de historia natural.

ZOÉ (Papel femenino, Adolescente) doce años, tuvo un sueño la noche del domingo.

ARTHUR (Papel masculino, Adolescente) doce años, también tuvo un sueño la noche del domingo.

RAFAEL (Papel masculino, Adolescente) trece años, vuelve a pie del club de ajedrez todas las noches.

NOA (Sin marca de género, Adolescente) catorce años, tiene un telescopio en el balcón desde hace tres años.

ELENA (Papel femenino, Adolescente) trece años, ve a su abuela todos los jueves.

TOM (Papel masculino, Adolescente) trece años, uno de los tres Tom de su clase.

INÈS (Papel femenino, Adolescente) doce años, dijo una frase el martes, en el recreo.

SAM (Sin marca de género, Adolescente) doce años, conoce a Inès desde los seis años, oyó esa frase.

L'INSPECTRICE (Papel femenino, Adulto) unos cuarenta años, inspectora de los servicios municipales, viene a cerrar la ventanilla cero.

LÉON (Papel masculino, Joven adulto) veinte años, becario de la inspectora, lleva una cinta métrica.

MILA (Papel femenino, Niño) once años, espera su turno desde que abrieron.

CUADRO 1: LA HORA PERDIDA

(Una ventanilla. Detrás, Nina y Bruno. Encima, un cartel escrito a mano: «Ventanilla cero». Sobre el mostrador: un registro, un sello, una pequeña balanza de dos platillos. Junto a la puerta, una máquina de números. Alma entra, coge un número y lo mira.)

ALMA. Cero.

NINA. Es usted. Acérquese.

ALMA. ¿No hay nadie más?

NINA. Aquí siempre es el cero.

(Bruno mira la puerta, luego a Alma.)

BRUNO. No es ella.

NINA. Nunca es ella. Buenos días. Ventanilla cero. ¿Cuál es su petición?

ALMA. Fui a la ventanilla uno, a la dos, hasta la once. En la once me dijeron: «Baje, hay una ventanilla para las cosas raras».

NINA. Para las peticiones sin ventanilla. No es lo mismo.

ALMA. Quiero recuperar una hora.

BRUNO. ¿Una hora de qué?

ALMA. Una hora de noche. La de marzo. Cuando se adelantan los relojes, a las dos de repente son las tres.

NINA. Había gente durmiendo dentro. La están reclamando.

ALMA. Yo no estaba durmiendo. Estaba naciendo.

BRUNO. ¿Perdone?

ALMA. Nací un 27 de marzo, a las dos y media de la madrugada. Este año, el cambio de hora caía en la noche del 27 de marzo. Las dos y media no existieron.

NINA. ¿Y entonces?

ALMA. Entonces no he cumplido doce años. Mi madre compró una tarta. Esperamos a las dos y media. Pasamos directamente a las tres. Sigo teniendo once.

(Bruno abre varios cajones.)

BRUNO. No hay ningún formulario de «cumpleaños caído en el cambio de hora».

NINA. Escríbelo.

BRUNO. ¿Otra vez?

NINA. Es tu trabajo.

ALMA. En el cole todos creen que tengo doce años. Mi madre también. Solo lo sé yo. Soy la única de la clase que tiene doce años menos una hora.

(Jonas entra y coge un número.)

JONAS. Cero.

BRUNO. No es ella.

NINA. Siéntese, terminamos con la señorita.

JONAS. Puedo esperar. Soy vigilante nocturno.

ALMA. ¿Y qué vigila?

JONAS. Dinosaurios. En el museo de historia natural. No hacen gran cosa, pero alguien tiene que estar. Por la noche les hablo. No contestan, pero escuchan muy bien.

NINA. Las horas de marzo se van. Nadie sabe adónde.

ALMA. ¿Entonces nunca voy a cumplir doce años?

NINA. El año que viene cumplirá trece directamente.

ALMA. ¡No quiero saltarme un año!

JONAS. Perdonen. Yo vengo justamente por una hora.

NINA. ¿Usted también la ha perdido?

JONAS. No. Me sobra una. A finales de octubre se atrasan los relojes. A las tres vuelven a ser las dos. Y yo, en ese momento, estoy en el museo. Solo. Vivo la misma hora dos veces.

BRUNO. ¿Y qué?

JONAS. La primera vez, hago mi ronda. La segunda vez, repito la misma ronda, delante de los mismos dinosaurios. Quiero devolverla.

NINA. Nadie devuelve una hora.

JONAS. Yo sí. No me sirve para nada. Ni siquiera me la pagan.

BRUNO. A él le sobra una. A ella le falta una.

NINA. Una hora de octubre no cabe en un cumpleaños de marzo. No es la misma estación. Es más fría.

ALMA. Puedo ponerme un jersey.

BRUNO. Espere. No movemos la hora. Movemos el cumpleaños.

ALMA. ¿Cómo?

BRUNO. A finales de octubre, la segunda vez que sean las dos, espera usted a las dos y media. Y entonces cumple doce años.

NINA. Esa hora está vacía. Nadie la usa.

ALMA. ¿Pero dónde? En mi casa, a esa hora, está todo el mundo durmiendo.

JONAS. En el museo, a esa hora, hay alguien. Yo. Estoy allí todos los años.

ALMA. ¿En medio de los dinosaurios?

JONAS. Son muy tranquilos. Y no desafinan.

ALMA. ¿Puedo ir con mi madre?

JONAS. Con tu madre, sí. Y con la tarta.

(Nina sella el registro.)

NINA. Traspaso de una hora de octubre. Concedido.

ALMA. Gracias. Cumpliré doce años en su hora.

JONAS. Ahora será más corta. Una hora, cuando hay alguien, pasa volando.

(Alma sale. Jonas se queda.)

JONAS. ¿Qué se come en un cumpleaños? Hace mucho que no celebro ninguno.

BRUNO. Tarta.

JONAS. Se lo preguntaré a los dinosaurios. Cumpleaños, han visto pasar unos cuantos.

(Sale.)

CUADRO 2: EL SUEÑO REPETIDO

(Nina y Bruno en la ventanilla. Zoé entra y coge un número.)

ZOÉ. Cero. Buenos días. Vengo a declarar un sueño.

BRUNO. No es ella.

NINA. Nunca es ella. ¿Un sueño reciente?

ZOÉ. La noche del domingo. Quiero declararlo antes de que alguien me lo quite.

NINA. ¿Y por qué se lo iban a quitar?

ZOÉ. Porque es muy bueno. Lo conté en el comedor. Todo el mundo me escuchó. Hasta los que nunca escuchan.

(Bruno saca una hoja de un cajón.)

BRUNO. Formulario de declaración de sueño. ¿Fecha?

ZOÉ. El domingo por la noche. Bueno, el lunes de madrugada. Hacia las cuatro.

BRUNO. ¿Lugar?

ZOÉ. El gimnasio del instituto. Pero lleno de agua. Y en medio había una ballena.

BRUNO. ¿Color de la ballena?

ZOÉ. Azul. Muy azul. Y hablaba.

NINA. ¿Qué decía?

ZOÉ. «Ahora no.» Solo decía eso.

(Arthur entra y coge un número.)

ARTHUR. Cero. ¿Es aquí donde se declaran los sueños?

BRUNO. No es ella.

NINA. Siéntese.

ARTHUR. He soñado con una ballena en el gimnasio del instituto.

ZOÉ. No.

ARTHUR. Sí. La noche del domingo.

ZOÉ. ¡Es mi sueño! ¡Estabas en mi mesa, en el comedor! ¡Lo oíste!

ARTHUR. Lo oí, sí, y pensé: anda, si es mi sueño.

NINA. Dos declaraciones para un sueño. Comparamos.

BRUNO. ¿Color de la ballena?

ARTHUR. Gris.

ZOÉ. ¡Azul!

ARTHUR. Gris con azul por debajo. Tú no la viste desde abajo, nada más.

BRUNO. ¿Qué decía?

ARTHUR. «Ahora no.»

ZOÉ. Lo oyó en el comedor.

ARTHUR. ¿Y tú sabes cómo termina?

ZOÉ. Me desperté. Abrió la boca y sonó mi despertador.

ARTHUR. Yo no me desperté. Me metí en la boca.

ZOÉ. Mentira.

ARTHUR. Dentro estaba seco. Olía a papel. Había una lámpara, estanterías, carpetas hasta el techo. Y un escritorio.

NINA. ¿Un escritorio?

ARTHUR. Con alguien detrás. Que ponía sellos en unos papeles.

NINA. ¿Un sello rojo?

ARTHUR. Rojo, sí.

NINA. ¿Y calcetines desparejados? ¿Uno verde y uno amarillo?

ARTHUR. ¿Cómo lo sabe?

(Nina se levanta y rodea la ventanilla. Lleva un calcetín verde y un calcetín amarillo.)

BRUNO. Nina.

NINA. Era yo. Yo estaba en la ballena. Yo ponía los sellos.

ZOÉ. ¿Usted ha tenido el mismo sueño?

NINA. Antes que ustedes. El lunes, a las tres y cincuenta y ocho. Ese sueño es mi casa. Ustedes entraron sin número.

ARTHUR. No sabíamos que hacía falta número.

ZOÉ. ¿Entonces no es el sueño de nadie?

NINA. Es el sueño de tres personas. Eso es todavía peor.

ZOÉ. Yo lo quiero. Es el primer sueño que recuerdo entero. Normalmente me queda un trozo, una puerta, un olor.

ARTHUR. Yo no sueño nunca. Mi madre dice que duermo como una maleta. Es el primero.

ZOÉ. ¿El primero de tu vida?

ARTHUR. El primero. Y ya es de alguien.

(Una pausa.)

BRUNO. Podríamos hacer una copropiedad. Una noche cada uno.

ZOÉ. Vale. El lunes, yo.

ARTHUR. El martes, yo. Y quiero ver el final.

NINA. El miércoles, yo. Y en mi despacho se llama antes de entrar.

ZOÉ. ¿Y a la ballena le preguntamos su opinión?

ARTHUR. Va a decir «Ahora no». Solo dice eso.

ZOÉ. Pues esperaremos. Algún día dirá otra cosa.

(Nina sella el registro.)

NINA. Sueño en copropiedad. Concedido.

(Zoé y Arthur salen discutiendo sobre el color. Nina se vuelve a sentar.)

NINA. ¿No dices nada?

BRUNO. Yo, el domingo, era la ballena.

NINA. ¿Eras tú?

BRUNO. Era yo.

NINA. ¿Y por qué decías «Ahora no»?

BRUNO. No lo sé. Estaba esperando a alguien.

CUADRO 3: DENUNCIA CONTRA LA LUNA

(Nina y Bruno en la ventanilla. Rafael entra y coge un número.)

RAFAEL. Cero. Vengo a poner una denuncia.

BRUNO. No es ella.

NINA. Nunca es ella. ¿Contra quién?

RAFAEL. Contra la Luna.

BRUNO. ¿Motivo?

RAFAEL. Me sigue. Todas las noches vuelvo andando del club de ajedrez. Veinte minutos. Giro a la izquierda, ella gira a la izquierda. Me paro en la panadería, ella se para encima de la panadería.

BRUNO. ¿Entra?

RAFAEL. No. Espera fuera. Como un perro.

NINA. ¿Ha probado a correr?

RAFAEL. Corre más que yo. Anoche cerré las persianas. Esta mañana seguía ahí, toda pálida, encima del instituto. No duerme nunca. No es normal.

(Noa entra y coge un número.)

NOA. Cero. Vengo a poner una denuncia contra la Luna.

BRUNO. No es ella. ¿A usted también le sigue?

NOA. No. Justamente. Ya no me sigue.

RAFAEL. ¿Cómo que ya no?

NOA. Tengo un telescopio en el balcón desde hace tres años. Todas las noches pasa justo por delante. Como una cita. Desde el viernes, pasa por un lado. Se escapa hacia el este. Hacia la calle del club de ajedrez.

RAFAEL. Es mi calle.

NOA. Entonces eres tú.

RAFAEL. ¡Yo no he hecho nada!

NOA. ¿Desde cuándo te sigue?

RAFAEL. Desde el viernes.

(Una pausa.)

NOA. Tres años. El viernes la estuve esperando hasta medianoche. Acabé mirando una paloma. Y tú le cierras las persianas.

BRUNO. Formulario de denuncia. Parte contraria: la Luna. ¿Domicilio?

NINA. No tiene domicilio.

BRUNO. Hay que notificárselo a la parte contraria. Es la norma.

NOA. Yo sé dónde está. Ahí arriba, un poco a la derecha.

BRUNO. Ahí arriba, un poco a la derecha. Haría falta un testigo.

(Nina se sube a una silla y abre la ventanita del sótano. Entra una luz blanca.)

NINA. Ahí está.

RAFAEL. ¡¿Lo ven?! ¡Me sigue hasta el ayuntamiento!

NOA. Es a ti a quien mira. A mí ni siquiera me ve.

BRUNO. Denuncia número uno: usted sigue demasiado. Denuncia número dos: usted ya no sigue.

NINA. Se anulan.

BRUNO. No se anulan. Se reparten. Los días pares, sigue al señor. Los días impares, pasa por delante del telescopio.

RAFAEL. ¿Y los días impares vuelvo a oscuras?

BRUNO. Usted quería que parase.

RAFAEL. Sí. No. Mi calle tiene una sola farola, y está rota. Antes del viernes, volvía corriendo. Desde el viernes, voy andando.

NOA. ¿Te da miedo la oscuridad?

RAFAEL. Me da miedo el camino. No es lo mismo.

NOA. Y sin ella, mi telescopio mira una pared.

(Una pausa. La luz de la ventana se mueve un poco.)

NOA. ¿A qué hora termina tu club?

RAFAEL. A las nueve.

NOA. Mi calle está justo después de la panadería. ¿Y si al volver pasaras por mi casa?

RAFAEL. Es dar un rodeo.

NOA. A ella le encantan los rodeos. No hace otra cosa.

RAFAEL. ¿Y me la enseñas en el telescopio? ¿Para ver cómo es de cerca la Luna que me sigue?

NOA. Tiene agujeros por todas partes, y una cara que no enseña nunca. Te vas a llevar un chasco.

RAFAEL. Me da igual. Yo también tengo una cara que no enseño.

NOA. ¿Cuál?

RAFAEL. Pierdo al ajedrez. Todas las noches. Por eso vuelvo solo.

(Bruno sella el registro.)

BRUNO. Dos denuncias contra la Luna. Archivadas. Se ruega a la Luna que siga a las dos partes. Concedido.

(Rafael y Noa salen a la vez. Nina cierra la ventana.)

BRUNO. ¿Sigue ahí?

NINA. Se ha ido con ellos.

BRUNO. A mí nunca me ha seguido.

NINA. Tú no sales nunca de aquí.

BRUNO. ¿Y si salgo y llega justo en ese momento?

CUADRO 4: UN NOMBRE PARA EL JUEVES

(Nina y Bruno en la ventanilla. Elena entra y coge un número.)

ELENA. Cero. Buenos días. Quiero cambiarme de nombre.

BRUNO. No es ella.

NINA. Nunca es ella. ¿Para siempre?

ELENA. Para el jueves. De las ocho de la mañana a las ocho de la tarde. Después recupero el mío.

NINA. ¿Y quién es usted los demás días?

ELENA. Elena. Y el jueves me quiero llamar Rosa.

BRUNO. ¿Por qué Rosa?

ELENA. Los jueves, mi abuela viene a casa. Me mira, sonrío y dice: «Hola, Rosa». Rosa es mi madre, cuando tenía mi edad.

NINA. ¿Y usted qué le contesta?

ELENA. Le digo: «No, abuela, soy Elena». Entonces deja de sonreír. Se mira las manos. Dice: «Claro. Perdona». Y toda la tarde pide perdón. Por el té, por la puerta, por todo.

(Una pausa.)

ELENA. El jueves quiero que tenga razón. Una vez.

(Bruno coge una hoja en blanco y empieza a escribir.)

BRUNO. Problema. Si el jueves es usted Rosa, «Elena» se queda vacío.

ELENA. ¿Y qué?

BRUNO. Un nombre vacío se estropea. Coge polvo. El viernes se lo vuelve a poner y pica.

NINA. Hace falta alguien que lo lleve.

ELENA. ¿Quién querría llevar mi nombre un jueves?

(Tom entra y coge un número.)

TOM. Cero. Buenos días. Quiero cambiarme de nombre.

BRUNO. No es ella.

NINA. ¿También para el jueves?

TOM. Para siempre. Me llamo Tom. Somos tres Tom en mi clase. Tom B., Tom L. y yo.

ELENA. ¿Y tú cuál eres?

TOM. Yo soy «el otro Tom». Cuando el profe dice «Tom», levantamos la mano los tres, y nunca soy yo. El año pasado me pusieron la nota de Tom B. Unos dos. Nadie me creyó.

BRUNO. ¿Y cómo se quiere llamar?

TOM. No lo sé. Un nombre que no tenga nadie. Pensaba que aquí tendrían una lista.

NINA. No tenemos lista.

TOM. Pues me quedo con lo que tengan.

BRUNO. Tenemos un nombre libre el jueves. Elena.

(Tom mira a Elena.)

TOM. ¿Elena?

ELENA. Es el mío. Es muy bonito. Nunca he conocido a otra Elena.

TOM. En mi clase no hay ninguna. Nadie levantaría la mano en mi lugar.

ELENA. Lo cuidas. No lo vas gritando por los pasillos. Y el jueves por la noche me lo devuelves.

TOM. ¿Y si me gusta?

ELENA. Me lo devuelves igual. Y si alguien te llama, contestas con amabilidad. No quiero que digan que Elena es antipática.

NINA. Entonces «Tom» se queda vacío.

TOM. Hay otros dos. Pueden apretarse.

NINA. No. Un nombre vacío se estropea.

(Una pausa. Bruno deja el bolígrafo.)

BRUNO. Yo me quedo con Tom.

NINA. ¿Tú?

BRUNO. Por un jueves. Me llamo Bruno desde siempre.

TOM. Va a ser usted el Tom más viejo de la ciudad.

BRUNO. Y cuando digan «Tom», no levantaré la mano. Así será usted.

NINA. ¿Y «Bruno»? Se queda vacío.

BRUNO. ¿Alguien quiere Bruno?

ELENA. No, gracias.

TOM. No.

(Nina abre el cajón de la ventanilla.)

NINA. Lo guardo en el cajón. Así no cogerá polvo.

(Sella el registro.)

NINA. Jueves. Elena pasa a ser Rosa. Tom pasa a ser Elena. Bruno pasa a ser Tom. Bruno se queda en el cajón. Concedido.

TOM. ¿Y el viernes cómo me llamo?

BRUNO. Tom. Pero habrá sido usted Elena. Eso se nota, después.

ELENA. ¿Y si el jueves mi abuela me llama Elena? ¿Si justo ese día se acuerda?

TOM. Me llamas. Y voy.

(Salen.)

CUADRO 5: RETIRAR UNA FRASE

(Nina y Bruno en la ventanilla. Inès entra y coge un número.)

INÈS. Cero. Quiero retirar una frase.

BRUNO. No es ella.

NINA. Nunca es ella. ¿Qué frase?

INÈS. El martes, en el recreo, dije: «Da igual, tú nunca te enteras de nada».

NINA. ¿A quién?

INÈS. A Sam. Nos conocemos desde los seis años. Quiero que la borren. Que Sam ya no se acuerde.

NINA. Aquí no borramos. Sustituimos, por una frase del mismo peso. Escribala.

(Inès escribe en un papel y lo pone en un platillo de la balanza. El platillo baja de golpe.)

BRUNO. Cuatrocientos gramos.

INÈS. ¿Por ocho palabras?

NINA. Escriba la que la sustituye.

(Inès escribe y pone un papel en el otro platillo. No se mueve nada.)

INÈS. «Lo siento.»

BRUNO. Diez gramos.

(Escribe otra vez.)

INÈS. «Lo siento muchísimo, no lo decía en serio.»

BRUNO. Treinta. «No lo decía en serio» lo dice todo el mundo.

INÈS. «Te enteras de un montón de cosas.»

BRUNO. Cincuenta. «Un montón de cosas» es muy vago.

(Inès escribe otra vez, más rato.)

INÈS. «Eres la persona que más quiero de todo el instituto.»

BRUNO. Doscientos gramos. Pero no sustituye nada. Se suma.

INÈS. Pues la guardo para más adelante. No lo voy a conseguir nunca.

(Sam entra y coge un número. Inès recoge sus papeles del segundo platillo y los esconde detrás de la espalda.)

SAM. Cero. Buenos días. Quiero reclamar una respuesta.

BRUNO. No es ella.

INÈS. Sam.

SAM. Inès.

NINA. ¿Qué respuesta?

SAM. El martes, después del recreo, hice una pregunta: «¿Seguimos hablándonos?». Sin respuesta. El miércoles, nada. El jueves, nada. Seis años son más de dos mil días. Nos hemos hablado todos los días. Menos el miércoles y el jueves. Una pregunta, normalmente, tiene una respuesta. Así que vengo a reclamarla.

NINA. ¿Tiene idea de dónde puede estar?

SAM. En algún sitio entre el patio y la clase de mates.

(Inès enseña los papeles.)

INÈS. Está aquí. Bueno, lo intento.

SAM. ¿Qué es eso?

INÈS. Frases. Para sustituir la del martes. Pesan demasiado poco.

(Sam coge los papeles y los lee.)

SAM. «Lo siento.» ¿Diez gramos?

BRUNO. Nueve y medio.

SAM. El martes tenías razón. No me enteraba de nada. Estuviste toda la mañana en otro mundo, y yo contando chistes. El del pingüino en el ascensor. Tres veces.

INÈS. Cuatro.

SAM. Cuatro. Y como tú no te reías, yo volvía a empezar.

INÈS. Mi conejo se murió el lunes por la noche.

(Una pausa.)

SAM. No me lo dijiste.

INÈS. No se lo he dicho a nadie. Pensaba que si no lo decía, no era verdad. Perdón.

(El segundo platillo de la balanza baja, despacio, hasta quedar al nivel del primero.)

BRUNO. Cuatrocientos gramos.

NINA. Cuatrocientos diez.

SAM. Ni siquiera la ha escrito.

NINA. Esas no se escriben.

SAM. ¿Cómo se llamaba tu conejo?

INÈS. Capitán.

SAM. ¿Un conejo que se llama Capitán?

INÈS. Mandaba en la jaula.

(Sam se ríe. Inès también, un poco.)

SAM. ¿Y mi respuesta? ¿Seguimos hablándonos?

INÈS. Nos estamos hablando ahora.

SAM. ¿Eso cuenta? Estamos en un ayuntamiento. A lo mejor hace falta un papel.

(Bruno coge el sello. Nina pone la mano sobre la suya.)

NINA. Déjalo. Esto no pasa por nosotros.

(Inès y Sam salen a la vez.)

SAM. Esto es un pingüino que entra en un ascensor...

INÈS. ¡No!

CUADRO 6: LA INSPECCIÓN

(Nina y Bruno en la ventanilla. Mila está sentada en una silla, con un número en la mano. Pasos en la escalera. Bruno mete el sello en el cajón de la izquierda, debajo de un diccionario.)

(Entra la inspectora, con el pelo recogido con un lápiz. Léon la sigue, con una cinta métrica y un archivador en los brazos.)

L'INSPECTRICE. Buenos días. Inspección de los servicios municipales.

BRUNO. No es ella.

NINA. Nunca es ella. Coja número.

L'INSPECTRICE. No vengo a hacer ninguna petición. Vengo a cerrar esta ventanilla.

MILA. Yo estaba antes.

L'INSPECTRICE. No tardaré mucho.

MILA. Eso me dijeron en la ventanilla uno. A las nueve.

L'INSPECTRICE. Léon.

(Léon extiende la cinta métrica a lo largo del mostrador.)

LÉON. Ventanilla sin número. No figura en ningún plano del ayuntamiento. Un metro veinte de mostrador. Dos sillas. Una balanza. Una máquina de números.

(Coge un número, y luego otro.)

LÉON. Cero. Cero. Solo da ceros.

L'INSPECTRICE. Léon.

LÉON. Perdón.

L'INSPECTRICE. Esta ventanilla no tiene presupuesto. Ni teléfono. Y ustedes dos no figuran en ninguna lista de personal. ¿Quién los contrató?

NINA. Nadie.

BRUNO. Nos dijeron que nos sentáramos aquí.

L'INSPECTRICE. ¿Quién?

NINA. Alguien que iba a volver.

L'INSPECTRICE. ¿Desde cuándo?

BRUNO. Treinta y dos años. En mayo.

LÉON. Eso es mucho esperar.

L'INSPECTRICE. Hago el inventario y pongo los precintos. El registro. El sello.

(Nina y Bruno no se mueven. La inspectora abre el cajón de la izquierda, levanta un diccionario y coge el sello.)

BRUNO. ¿Cómo lo sabía?

L'INSPECTRICE. Es donde se guardan los sellos. En todas partes.

NINA. En todas partes es a la derecha.

MILA. ¿Me toca ya?

L'INSPECTRICE. Ya no hay turnos. La ventanilla cierra.

MILA. Pues espero a que vuelva a abrir.

LÉON. Parece que va en serio.

MILA. Voy en serio. He cogido número. En la ventanilla uno me mandaron a la dos. En la dos, a la tres. En la once me dijeron que bajara. No pienso volver a subir.

LÉON. ¿Y cuál es tu petición?

MILA. La digo cuando me toque.

L'INSPECTRICE. Léon, el registro.

(Léon abre el registro por el final y pasa las páginas hacia el principio.)

LÉON. «Dos denuncias contra la Luna.» «Sueño en copropiedad.» «Traspaso de una hora de octubre.» Señora, esto es un disparate.

L'INSPECTRICE. ¿Está apuntado?

LÉON. Todo está apuntado. Y todo está concedido. No hay página uno. Empieza en la página cero.

L'INSPECTRICE. Lea.

LÉON. «Petición cero. Mañana nos mudamos a otra ciudad. Quiero que se escriba en algún sitio que yo he vivido aquí. En la ventanilla uno me mandaron a la dos. En la dos, a la tres. En la once me dijeron que eso no existía. Así que me siento en esta mesa y abro una ventanilla. Firmado: Clara, once años.»

(La inspectora deja el sello sobre el mostrador. Mila se levanta y la mira.)

LÉON. ¿Señora? Usted se llama Clara, ¿no?

L'INSPECTRICE. Hay muchas Claras.

NINA. Llevaba un lápiz en el pelo.

BRUNO. Escribió el cartel con un rotulador casi seco.

NINA. Yo venía a declarar un calcetín perdido. Uno amarillo. Ella me dio uno verde.

BRUNO. Yo tenía diez años. Estaba buscando el baño.

NINA. Nos dijo: «Sentaos aquí los dos. Ahora vuelvo».

BRUNO. Y nos sentamos.

(Una pausa. La inspectora se toca el lápiz del pelo.)

L'INSPECTRICE. A la mañana siguiente, el coche estaba lleno. No volví. Pensaba que se habrían ido a casa.

BRUNO. Había que guardar el sitio. Por la noche, nos íbamos a casa. Por la mañana, volvíamos. Por si acaso.

NINA. Y luego vino gente. Había que contestarles.

L'INSPECTRICE. ¿Y mi petición? ¿La rechazaron, como en todas partes?

(Nina gira el registro hacia ella.)

NINA. Lea debajo.

L'INSPECTRICE. «Apuntado: Clara ha vivido aquí. Concedido.»

(Una pausa.)

LÉON. Señora. ¿Qué pongo en el informe?

L'INSPECTRICE. Llevo quince años cerrando ventanillas, Léon. Esta iba a ser la número cuarenta y tres.

MILA. ¿Me toca ya?

L'INSPECTRICE. ¿Cuál es su petición?

MILA. Quiero una ventanilla para la gente que no tiene ventanilla. Para las peticiones demasiado pequeñas, o demasiado raras, o demasiado grandes. Arriba dicen que eso no existe. Aquí se apuntan. Pero hace un rato alguien ha dicho que iba a cerrar.

(La inspectora le tiende el sello a Nina.)

L'INSPECTRICE. Es su ventanilla.

(Nina sella el registro.)

NINA. Petición concedida.

MILA. Gracias. Volveré. Tengo más, pequeñas.

(Mila sale corriendo.)

L'INSPECTRICE. Léon, apunte. Ventanilla cero. Un metro veinte. Dos agentes. Un registro lleno. Nada que cerrar.

LÉON. ¿Y los precintos?

L'INSPECTRICE. Guárdelos. Nos harán falta en otro sitio.

(Léon sale. La inspectora va a la máquina y coge un número. Lo mira.)

L'INSPECTRICE. Cero.

NINA. Buenos días. Ventanilla cero. ¿Cuál es su petición?

L'INSPECTRICE. Quiero volver.

(Bruno mira la puerta, luego a la inspectora.)

BRUNO. Es ella.

(Oscuro.)



Ensaya este texto con Acto

Una voz te da la réplica, lo aprendes a tu ritmo y te pones a prueba.

acto.re/biblio

Qué puedes hacer con él

Texto original escrito para Acto. Léelo, imprímelo, trabajalo en clase, interprétalo en un casting o en un self-tape: para eso está, y no tienes que pedir nada. Para una representación pública o un uso comercial, escríbenos a contact@acto.re.